

Biblioteca-Films

EL BOTONES N.º 13

Núm. 24

25
cénts.



**DOUGLAS
MACLEAN**



SEITER, William A.

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Urgel, 40, 2.º, 2.ª

Teléfono 3028-A
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR

EL BOTONES N.º 13

(BELL BOT THIRTEEN, 1923)

Divertida comedia americana

Selección «Gallo de Oro»

del

programa «Vilaseca y Ledesma, S. A.»

Via Layetana, 53

INTERPRETADA POR

DOUGLAS MACLEAN	Harry Elrod
John Stepping	Elry Elrod
Margaret Lormis	Ketty Clyde

MAGDE BELLAMY

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

GUIO D'AGNES CHRISTINE JOHNSON
FOTO. DE BERT CANN

Elry Elrod, un caballero grueso, alto, distinguido, de unos 50 años de edad, gerente de la firma bancaria Elrod, Elwell y Compañía, está de pie en su despacho, delante de su mesa-escritorio, con el semblante denudado y los

PRODUIDA PER T.H. INCE - FIRST NATIONAL

ojos en cólera. A su lado—, sentado en un sillón, con la frente arrugada y el ceño fruncido, indicios de su disgusto, con el sombrero de paja en ambas manos, al que da vueltas, con los ojos fijos en algo invisible—está Harry Elrod, sobrino de aquél, elegante, de buena presencia, alto sin exceso; grueso, pero sin demasiada; bien proporcionado y hermoso, sin dejar de ser varonil. Aparenta tener veinticinco años.

El señor Elry Elrod amonesta a su sobrino con energía, y acompaña sus palabras con sendos manotazos sobre la mesa, con los que subraya enérgicamente sus frases.

—Antes de pensar en casarte, Harry, tienes que procurar cumplir con tus deberes como empleado, para poderte crear una situación con que poder sostener los gastos familiares.

—No confíes en el capital de tu tío... Además, de ningún modo consentiré tu casamiento con esa mujer...

—¡Tío!...

—¿Te parece bien, una mujer de teatro, esposa del sobrino del banquero Elrod? De ningún modo, Harry; o rompes con esa mujer o te rompo el esternón.

—Pero...

—No y no; cuando estés en disposición de contraer matrimonio; cuando te hayas creado, por tu trabajo, una posición brillante, partidos no te han de faltar... Ahora lo que debes hacer es poner tus cinco sentidos en el trabajo y olvidar a esa comicastra.

—Piensa, tío, que Ketty Clyde es una primerísima tiple y no una cualquiera.

—Es actriz y... basta...

—Pero, tío... ¿conoces tú a Ketty Clyde, para que te expreses con semejante ligereza?

—Ni la conozco ni ganas. Con que... ya lo sabes: o la dejas tú, o te dejo yo. Si sigues en tus trece, no cuentes con un solo dolar de tu tío.

—Eso es un atentado contra la libertad individual, contra la libre disposición de mi corazón...

—Será lo que a tí te dé la gana; pero si te casas con esa mujer, piensa que tu tío ha muerto... ¡Puedes irte!...—Y el señor Elry Elrod, gerente de la banca Elrod, Elwell y Compañía de New-York, de pie delante de la mesa-escritorio de su despacho, con el entrecejo fruncido y lanzando sus ojos chispas de cólera, extendió el brazo indicando la puerta a su sobrino Harry Elrod.

Este se levantó sin contestar, fué hasta la puerta, dirigió una mirada a su tío con deseos de lanzarle una réplica; y, temiendo encolearle más, encasquetóse con rabia el sombrero y salió meneando la cabeza disgustado. Cerró la puerta, metió las manos en los bolsillos y quedó un momento pensativo mirando al suelo, como buscando una solución—. De pronto pensó:—Voy a telefonear a Clyde—. Y dirigióse a la telefonista que tenía a su cargo el cuadro:

—Póngame en comunicación con el número de costumbre—le mandó Harry Elrod. Y éste fué a su escritorio, sentóse y cogió el auricular. Un instante después Harry Elrod y Ketty

Clyde, su novia, objeto de la tenaz oposición del banquero, tío de aquél, estaban en amable conversación, que la telefonista seguía con gran curiosidad.

—¿Ketty?... ¿eres tú, Ketty?... Sí, sí, más que nunca... ¿Cómo?... ¿a qué hora sale el tren?... ¿A las cuatro y diez?... ¿Cómo, si te iré a despedir? Marcharé contigo y nos casaremos al llegar a New-Haven. No, no, mi tío no sólo no da el permiso para casarnos, sino que ha prometido romperme no sé qué cosa si pretendo casarme contigo... y que no me dará ni un dólar...—En aquel instante Harry oyó por el aparato unos ladridos chillones como de gozque—Bueno, Clyde, no ladres por eso... ¡Díantre, chica, deja que ladre mi tío, pero tú...! ¿Cómo?... ¿Era tu perrita?... ¡Demonio con la perrita!... Sí, sí, me ha dicho que ni un dólar; pero no te preocupes, porque una vez casados, no nos han de faltar... hijos... ¿qué no es lo mismo?... Sí, mujer, sí; cada chiquillo que viene del otro a este mundo, dicen que trae bajo el sobaco muchos saquitos de oro... Bueno, quedamos en que a las cuatro y diez estaré en la estación para huir contigo.

En aquel instante el banquero señor Elrv Elrod, pidió comunicación telefónica a la señorita encargada del cuadro.

—Lo siento, señor director, pero todas las líneas se encuentran comunicando.

—Cuando esté libre la línea avísame.

Y, espoleada por la innata curiosidad femenil, la telefonista continuaba en su centro actuando de oyente del pintoresco diálogo de los enamorados.

El señor Elrv Elrod esperó inútilmente que le diesen comunicación y quiso cerciorarse por sí mismo de aquella anomalía. Pasó a las oficinas y vió, en efecto, que todos los aparatos estaban funcionando, hasta el de su sobrino; fué al cuadro central de distribuciones y apercibió a la telefonista desternillándose de risa mientras seguía el diálogo de los dos novios. Adelantóse sin ser visto por aquélla y cuando estuvo a su lado, la joven quedóse corrida al ver que había sido sorprendida en su indiscreción.

—Déjeme los auriculares—y el director encasquetóse los, quedando sorprendido del sinvergüenza de su sobrino que continuaba hablando con su novia.

—Desde luego—, proseguía Harry comunicando con Clyde—podemos reírnos de mi tío y de su intransigencia. Yo te encontraré en la estación, y huiéremos de la inquisitorial imperfinencia de ese viejo cargante... Sí, sí, Clyde ¡hasta las cuatro y diez en la estación!... ¡Adios!...

Al terminar la comunicación con su novia, acercóse a Harry Elrod el jefe de cartería y díjole, entregándole un pliego de valores:

—Señor Elrod, lleve estos valores al correo. Tenga mucho cuidado, son cincuenta mil dólares.

—Descuide, voy enseguida, pues tengo que salir.

Harry Elrod metió el paquete en el bolsillo de la americana. Un minuto después, con el pensamiento fijo en su novia y olvidando que en su bolsillo llevaba una fortuna expuesta a

que, con facilidad, le fuese arrebatada, dispúsose a salir.

En aquel instante entró en el antedespacho un caballero, con aire misterioso. Era joven, alto, moreno, enjuto de carnes, con un bigotillo recortado y ojos escudriñadores. Sentóse, tomó un periódico y aparentando leer, en realidad seguía todos los movimientos de Harry Elrod. Al pasar éste a su lado, hizo ademán de llevar su mano al bolsillo de la americana donde Harry llevaba el pliego; pero no pudo alcanzar a cogérselo.

Salió Harry al pasillo y vió a su tío hablando con un caballero a la puerta del despacho; entonces dió media vuelta y volvió a entrar. El personaje del periódico, volvió a intentar en vano llegar al bolsillo que contenía los valores que Harry debía llevar al correo.

Este no podía salir: su tío estaba en el pasillo y conveníale evitar su presencia. Para disimular y justificar su vuelta al despacho, fuése al armario archivador de la correspondencia y entretúvose un rato abriendo y cerrando cajones. Cuando comprendió que su tío le había dejado el paso expedito, volvió a salir, y de nuevo, el caballero que seguía sus movimientos, alargó su mano para apoderarse de los valores, sin poderlo lograr. Salió de nuevo el joven Harry y al ver al banquero, su tío, parado en medio del pasillo con los brazos a la espalda, hizo un movimiento de titubeo entre volver a entrar o irse. Entonces el señor Elry, díjole:

—Harry, ¿dónde ibas tan decidido?

—Voy... iba a...

—Espérame, que voy contigo.



El caballero que seguía sus movimientos, alargó su mano para apoderarse de los valores (pág. 6)

—Pero...

—Sí, sí, iremos juntos. Debemos una visita al doctor Fish y a su simpática hija.

Y pronunció esta última frase con sonrisa burlona.

Harry hizo un mohín de disgusto que no pasó inadvertido a su tío. Mientras éste fué a buscar el sombrero, el sobrino hizo un movimiento como queriendo escaparse; pero el banquero gritó, saliendo de su despacho:

—No te canses en escurrir el bulto... Vamos a casa del doctor Fish.

Al ir a tomar el ascensor, el caballero misterioso, que parecía seguir a Harry, intentó de nuevo apoderarse del pliego de valores; pero la movilidad del joven le impidió realizar su intento.

II

Don Tiburcio Fish, doctor en medicina, hombre ecuaníme y de muy buenas costumbres, viudo y rico, no tiene otro deseo que el de casar a su hija Angela, antes de que Dios le llame en compañía de su costilla.

No son menores las ganas de la heredera de los Fish; pero no se contentaba con un cualquiera, no obstante su mal ver.

Angela Fish contaba veintisiete mayos, que Diciembres parecían bien cumplidos. Era alta en demasía, espigada, con la cara tan enjuta que se le marcaban todos los huesos, con unos pelillos largos en demasía en los extremos del labio superior, unos ojos diminutos y saltones, una boca abierta hasta las orejas, y éstas

grandes y abiertas: era fea, y aún esperaba la muy... optimista, pescar un novio de buen ver y rico ¡Hay quién se pierde deseando!

El doctor Fish y su adefésica hija, tenían la vista y el deseo puestos en el sobrino del banquero Elry Elrod, y a fé que no tenían mal gusto, porque el mozo bien valía la dote que el doctor Fish destinaba a su heredera.

Aquel día el doctor y su hija, esperaban la visita del banquero y su sobrino. Aquella, sobre todo, habíase maquillado con tal arte y quitándose pacientemente los pelos más escandalosos, por lo largos, del labio, que casi parecía hermosa, si no se reparaba demasiado en sus imperfecciones físicas.

Llegaron los visitantes y fueron recibidos con amabilidad por el doctor; por Angela, con exagerado cariño, sobre todo cuando hablaba con Harry. Este, nervioso, fingía una gentileza no sentida; buscaba la contingencia de escurrirse cuando pudiese sustraerse a las miradas de su tío; pero éste había oído la conversación telefónica de Harry y de Clyde, sabía la cita que se habían dado y no le perdía de vista.

El doctor y el banquero hablaban de sus asuntos, mientras la joven, pegada a Harry como la lapa a la peña, mareábase con sus melosas palabras y sus exagerados cumplidos.

—¿Le gusta a usted la música, Harry?—preguntó Angela.

—Mucho si es buena, señorita.

—¿Quiere oír la canción del pajarito?

—Como quiera.

—Venga, siéntese a mi lado al piano.

—No, no, de pie estoy mejor—y miraba al

reloj y a la puerta, pensando:—Son las cuatro menos veinte... ¡Si me pudiera escapar!...

Encima del piano había un búcaro con margaritas. Angela preguntó:

—¿Le gustan las margaritas, Harry?

—Me gusta más el jamón en dulce.

—¿Me permite que le ponga en la solapa...?

—¿Un jamón?

—No, una margarita.

—¡Ay!... ¡prenda!...

—¡Ay!... ¡gracias!—y Angela entornaba los ojos agradecida a lo que ella creía un pipero, lanzando un tan fuerte resoplido en forma de suspiro que apagó ambas velas del piano.

—Digo que *prenda* la flor en el ojal.

—¿No conoce usted el lenguaje poético de las margaritas?

—No las he oído hablar nunca, señorita.

—Pues las flores tienen un lenguaje.

—Me alegro; pero... mucho.

Angela sentóse al piano. Harry no quitaba los ojos de su tío y de la puerta, ni el pensamiento de su novia Clyde y de la hora: faltaban solo quince minutos para la salida del tren y la mirada del señor Elry Elrod le encadenaba.

Oyéronse unos arpegios. Angela Fish miró a Harry, estiró el cuello y cantó abriendo la boca como buzón de una central de correos:

¡Vuela, pajarito, vuela!

Influido por el amor de Ketty Clyde y no poco por el terremoto filarmónico de la señorita Fish, a Harry no se le ocurrió otra idea que tender el vuelo cuanto antes.

Terminó la señorita Fish con una nota al-

tísima, un do natural, tan mal impostado que hizo tambalear todos los bibelots que sobre el piano servían de adorno, tintinear los colgantes de cristal de una araña que pendía en el centro del salón y sonreír de lástima a Harry, quien, sin embargo, aplaudió a rabiar, deshaciéndose en cumplidos y en remilgosas y fingidas felicitaciones.

—Canta usted, como los propios ángeles, Angela.

—¡Gracias, amigo Harry!... ¿Le ha gustado a usted?

—¡Preciosa, preciosa!...

—¿Quiere que la vuelva a cantar?

—¡Ay! no, no; me emociono demasiado...

Sirvieron el te. Angela ofreció una taza a Harry. Apenas lo hubo probado empezó a quejarse, poniéndose las manos en el vientre, retorciéndose como un energúmeno y dirigiéndose a la puerta voceando:

—¡Ay!... ¡Ay!... Estoy envenenado!... ¡Me muero!

El doctor Fish y su hija se espantaron. Elry Elrod, más tranquilo, temiendo fuese una añagaza de su sobrino para escaparse, acercósele:

—Apártate, tío!... ¡Puede ser contagioso!

—¡Cuidadito!... ¿eh?—díjole el banquero al oído—¡Qué no te pierdo de vista!

Salió el joven y cuando estuvo libre de las miradas de su tío, apresuró el paso para ganar la salida; pero el señor Elrod, sin que Harry se diese cuenta, siguióle; y, en el momento en que éste, andando pasito a paso para no meter ruido, se disponía a ganar la escalera, echóle la mano encima.

—¡Eh, cuidadito!... ¡Qué no te pierdo de vista!

—¡Chist!... ¡Silencio!...—exclamó Harry poniendo el índice en los labios y continuando la pasitos cautelosos para disimular los que su escapatoria preparaban—¡Chist!... ¡Hay ladrones!...

—Pero...

—¡Chitón!... Se han metido aquí dentro!... Vete a avisar a la policía, tío; mientras yo...

—¿Te escapas?... No, sobrinito, no; a mí no me la das con gruyère...

—Calla, tío, que los ladrones están aquí...

El banquero creía y dudaba, pero más ésto que aquéllo.

—¿Los has visto tú?

—Son dos.

—Daré unos gritos para pedir auxilio.

—No, hagas tal.

Harry entreabrió la puerta, asomó la cabeza y, con su propia mano derecha rodeóse el cuello fingiendo una mano extraña que le cogía por el pescuezo, y que le arrastraba hacia adentro cerrando tras sí la puerta. El tío, situado detrás, primero creyó en el engaño; más al oír la carcajada de Harry de puertas adentro, comprendió que su sobrino le había tomado la cabellera; entonces, entreabrió la puerta a su vez, cogió la llave colocada en la parte de adentro y cerróla con llave, diciendo:

—Sobrinito, de nada te sirven tus mañas... ¡Ahora te tengo seguro!...

Había caído en la ratonera... ¿qué hacer?... Saltar por la ventana era exponerse a una muerte segura. Reunió algunos objetos de fá-

cil combustibilidad, prendióles fuego cerca de la ventana y empezó a dar gritos de ¡Fuego! ¡Socorro!...



...y cantó abriendo la boca como un buzón (pág. 10)

Poco después llegaban los bomberos y dispusieron el salvamento de Harry que se desgañitaba pidiendo socorro.

Veinte bomberos cogieron los extremos de una gran lona circular y Harry se arrojó en ella desde la ventana. Al caer, desprendiósele

del bolsillo de la americana el paquete de los valores. El caballero misterioso del bigotillo recortado estaba allí y se iba a apoderar del pliego; más un bombero se adelantó y se lo entregó a Harry:

—Tenga usted, joven, se le ha caído ésto.

Embolsó el pliego, encasquetóse el casco del jefe de bomberos, que halló en el suelo, subió al auto de su tío y dirigióse a la estación. Ya era tarde. Hacía cinco minutos que el tren había partido. Entonces púsose en marcha para New-Haven a donde llegó entrada ya la noche.

Dirigióse al Hotel principal y después de inquirir y tener la certeza de que su novia Ketty Clyde se albergaba en él, pidió habitación.

III

La huída de Harry Elrod se había operado con rapidez. Cuando el señor Fish, su hija Angela y el banquero Elry Elrod se apercieron de los manejos de los bomberos, subieron al cuarto donde el banquero encerrara a su sobrino y vieron cuatro papeles quemados dentro de un palanganero, comprendiendo que el pájaro había cumplido al pie de la letra el imperativo de la canción de Angela: ¡*Vuela pajarito, vuela!*! convenciéndose el doctor Fish, con extrañeza, Angela con sentimiento y el señor Elrod con enojo, de que el prófugo se había burlado de ellos.

—¿Qué número ocupa la señorita Ketty Clyde?

—El 667; pero creo que esa señorita se encuentra ahora en el comedor.

Llegaba Harry Elrod al Hotel de New-Haven con un deseo vivísimo de hablar a Clyde con un casco de bombero a guisa de sombrero, con el seguimiento del personaje misterioso del bigote recortado y con cinco dólares en el portamonedas por todo capital.

Un botones acompañóle a la habitación que le habían destinado; más antes de llegar a ella, topó de manos a boca con su novia.

—¿Tú aquí, Harry?

—Ya me ves.

—¿Pero te han nombrado bombero honorario?

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por el casco que llevas.

—Da gracias al casquito de marras, de haberme vuelto a ver.

—No creas que me alegre gran cosa de que hayas venido.

—¡Ah!... ¿no?

—¡Claro!... Cuando me comunicaste la noticia de que tu tío no daba el consentimiento, me quedé tan fresca; pero cuando me anunciaste que no te daba ni un dolar... hasta Lulú protestó.

—¿Quién es esa señora?

—Mi perrita.

—Pues dále recuerdos... ¿qué tiene que ver tu perrita con nuestros asuntos?... ¿Es por eso que no te alegras de volverme a ver?

—Por eso y porque has hecho muy mal en desobedecer a tu tío... Harry, créeme, vuélvete a New-York; tu tío te andará buscando

y no quiero tener responsabilidades por tu calaverada.

—¡Bonito recibimiento!... ¡Tanto padecimiento para recibir ese jarro de agua!

—Mira, Harry, yo he reflexionado, y comprendo que nunca seríamos felices sin el consentimiento de tu tío.

—¡Qué así reviente!... ¡Valiente tío!... Su única aspiración es la de que yo trabaje como un autómatas en la rutinaria labor de su casa de banca.

—Perfectamente de acuerdo con el criterio de tu tío; creo que todos los jóvenes, deben trabajar. Así es que mientras no te conquistés una posición por medio del trabajo, no te acuerdes del santo de mi nombre.

—¡Ketty!

—¡Quita!—y apartóle a un lado, yéndose ella al comedor, él a su habitación a dejar el casco, única impedimenta que llevaba consigo.

—¿Qué hago yo ahora?—pensaba Harry con desconsuelo—desdeñado de la mujer que era toda mi ilusión, abandonado de mi tío y con cinco dólares por todo capital...

Engolfado en estos pensamientos estaba, cuando llamaron a la puerta.

—¿Se puede?

—¡Adelante!

—Cuando el caballero quiera puede bajar a almorzar.

—Oye, botones, si tú te encontraras lejos de tu casa y solo con cinco dólares en el portamonedas ¿qué harías?

—¿Yo?... ¡Buscarme trabajo!

—Pero... ¿qué clase de trabajo?

—Me decidiría por el oficio de Botones; es el más descansado: Seis dólares semanales, propinas, mesa puesta y cama limpia ¿qué más quiere usted?... Además va uno decentemente vestido.

—¡Es una idea!... Pues mira yo me encuentro en este caso.

—¡Ah!... ¿Sí?... Pues créame, siente usted plaza de Botones y no se ha de arrepentir. Aquí, en el Hotel, hay plazas vacantes y usted tiene un tipo, que ni hecho de encargo.

—Ya está dicho. Gracias, amigo. Decididamente optó por tu oficio. Tú serás mi maestro.

Media hora después, por la impetuosa fuerza de las circunstancias, Harry Elrod quedó convertido en el Botones número 13.

Vémoslo formar por primera vez en el vestíbulo del hotel: seis botones están sentados en un banco; y uno, de pie, dispuesto para actuar al primer aviso.

Cuando el que está en pie entra en servicio, el que ocupa la cabecera del banco pasa a ocupar el puesto de aquél y los que están sentados se corren para dejar los últimos asientos a los que terminaron su servicio.

Acaba de salir el que ocupaba la cabecera del banco; Harry Elrod debe correrse hasta aquel sitio, el compañero de su izquierda, el que le aconsejara y que ahora es su maestro, le da un golpecito con el codo, indicándole que se corra; pero él, sin comprender el objeto del codazo se lo devuelve, el compañero se amosca y le propina un puñetazo que Harry descambia por un sornavirón. En riña iba degenerando el codazo si no llegan a llamar a Harry.

El conserje llamó:

—¡Muchacho!...—y entregaba un sobre al Botones número 13—Al señor Haskell...

—No, yo no soy Haskell. Mi apellido es Elrod.

Y quedóse firme como un cirio, sin moverse.

—¡Botones, pronto!... Esta carta al señor Haskell.

Tomó Harry la carta.

—No hombre, no—, le dijo el conserje—las cartas deben presentarse en una bandeja.

Era la hora del almuerzo. Harry, con la bandeja en la que llevaba la carta, paseóse por todos los ámbitos del inmenso salón preguntando en voz alta:—«¿Quién es el señor Haskell?».

Desesperado de no hallar al destinatario, volvióse ya con la carta cuando un caballero, sentado en mesa aparte con Ketty Clyde, volvióse al Botones.

—Yo soy Haskell.

—¡Harry! —pronunció admirada Ketty— ¡Botones!...

—Sí, y nada menos que ¡Botones n.º 13!... ¡Qué honor para la familia!

—Dispénsame Ketty—se excusó el señor Haskell, levantándose después de leer la carta, —en seguida soy con usted, preguntan por mí

—¡Botones!—exclamó Ketty despectivamente.

—¿No me dijiste que no querías verme mientras no tuviese ocupación?... Pues bien; ya trabajo.

—¡Trabajo dignísimo, por cierto. Acudien-



Y Harry se sentó en la silla que ocupaba el señor Haskell (pág. 20)

do a la llamada de los timbres, y cobrando diez céntimos por cada servicio.

—Cuando te los dan. Que si todos hiciesen como el caballero que estaba contigo, poco me iba a lucir el pelo. Oye, ¿Quién es ese señor que comía en tu compañía?

Y Harry se sentó en la silla que ocupaba el señor Haskell.

—Pues si tu has estado pregonando su nombre durante media hora.

—Ya sé, es el señor Haskell; pero ¿qué hace aquí contigo?... ¿Qué relaciones tienes con él?

—¡Otra que tal!... ¡Si tendré que darte cuenta de mis relaciones!... ¡Es mi empresario!

Todos notaron en el salón la anomalía de que un simple botones se sentara al lado de una dama.

—¡Vaya distinción!—decía una señora señalando a Ketty—¡de palique con un pobre botones!

—Bien se nota su origen humilde.

Llegó el señor Haskell y viendo su sitio ocupado por el botones, dirigió una mirada al «*maître d'Hôtel*», acompañada de un gesto de disgusto. Acercóse el *maître d'Hôtel*:

—¿Qué significan estas libertades?... ¿No sabes tú cual es el puesto del botones?

No necesitó Harry otra amonestación; fuese al vestíbulo. Un caballero, vuelto de espaldas, estaba dando su filiación en el mostrador del vestíbulo; a su lado tenía dos maletas.

—Botones—mandó el conserje dirigiéndose

a Harry—lleve usted estas maletas, y acompañe a este caballero a su habitación.

El botones número 13, sin mirar al caballero en cuestión, echó a andar delante de él llevando las maletas. Al llegar a la habitación dejó éstas, inclinándose sin fijarse en el nuevo huésped y salió.

Harry cruzóse en el pasillo con el Botones, su consejero y maestro.

—Oye, tú, haz el favor de llevar mi ropa a mi nueva habitación.

—Voy enseguida.

Entró el botones en el cuarto que primeramente había ocupado Harry en el mismo instante en que un caballero joven, alto, moreno, enjuto de carnes, con un bigotillo recortado y ojos escudriñadores, con la americana de Harry en la mano izquierda, disponíase a registrarle los bolsillos. Adelantóse el Botones y cogiéndole la americana, díjole:

—Dispénseme, caballero,—esta americana es de un compañero mío.

Y recogióndola, juntamente con los demás efectos pertenecientes al nuevo Botones, y, entre ellos, el casco de bombero, llevólos al nuevo dormitorio de Harry, situado en las habitaciones de la servidumbre. En el bolso de la americana de Harry estaba intacto el paquete conteniendo los valores que aquél debía echar al correo.

IV

—¿Cómo?... ¡Un hombre en mi habitación!... ¡Caballero!

—¡Señorita!... ¿Con qué permiso entra usted en mi habitación?

—Debe usted haberse equivocado de cuarto.

—No, señorita, no; en la administración me han destinado a este número, el 666.

—Usted se ha equivocado, este es el número 667.

—Dispénsame. Voy a ver que es este lío.

Cuando abrió la puerta para salir, en mangas de camisa y llevando sus maletas, el Botones número 13 entraba en la misma habitación, llevando un jarro de agua.

—¡Tío!

—¿Tú?... ¡¡Harry!!... ¿qué locura es ésta?... ¿Cómo te encuentras aquí?

—Pues ya ves, tío; he dado principio a mi carrera.

—¡De Botones!

—Por algo se empieza.

—Me vas a matar a disgustos... ¡Un Elrod criadillo de un Hotel!... Y todo por no querer oír los consejos de tu tío... Primero me humillas queriendo ser el marido de una cualquiera de una actriz; pero nunca hubiese llegado a creer tanta infamia... ¡Botones!

—¿Y por eso te vas del Hotel?... ¿Dónde vas con estas maletas?

—Mira, el número 666; pues entro y ya está ocupado.

—Pero, tío, tu estás en Babia. Mirado así es el 666, pero es que tu lo miras al revés. A tí te han dado el número 999. Ven, ya te acompañaré yo.

—Vamos. Pero te advierto que no permitiré que te quedes un día más en este oficio.

—La culpa es tuya, tío. Si me hubieses permitido casarme con Ketty Clyde, lo que sólo te hubiera costado cincuenta mil dólares, una porquería para ti, te evitarías este disgusto, y yo la pena de ser el Botones número 13... Pero como no hay dólares, Ketty me ha mandado con viento fresco, hasta que yo me los sepa ganar y he empezado por el principio. Conque ya lo sabes, o cincuenta mil dólares y la mano de Ketty Clyde o el Botones número 13: escoje.

—Pues ni Ketty Clyde, ni Botones.

—Tío, no nos entendemos.

Y el Botones número 13 volvió la espalda a su tío.

Elry Elrod, distraído, equivocóse de número.

Entró en una habitación que no era la suya, sorprendiendo a su ocupante, otra señorita que estaba en paños menores, haciendo su tocado.

—¡Oh!

—Caballero, salga usted de aquí... ¡Habrás visto frescura!

—¡La fresca es usted!...

Escondióse la bella tras un biombo y subida a una silla, asomando su cabeza por encima del mismo, apostrofó al intruso:

—Salga usted de aquí inmediatamente.

—Pero... ¿cuál es mi habitación?

El Botones número 13, desde el fondo del pasillo, había visto entrar al señor Haskell, empresario de su malograda novia, en el cuarto de ésta, el número 666. Y de puntillas acercóse a la puerta, y miró por el ojo de la cerradura. No veía nada pero oyó la atiplada voz de Ketty que decía:

—¿Has venido para visitar a tu dueña? No, sobre mis faldas, no; que me las entropneas... Aquí, sobre el diván.

Ketty Clyde dirigía estas palabras a «Lulú», su perita, a la que acariciaba; pero el Botones número 13, creyó otra cosa y estuvo a punto de hacer irrupción en la habitación para afeanar a su ex-novia lo que él creía villano proceder. Más le tocaron suavemente el hombro, levantándose espantado.

—¡Tío!—exclamó al verse delante del señor Elry en persona.

—¿Tú?... ¿A quién buscas?

—No le buscaba a usted, tío, dispénseme.

El banquero entró en la habitación 999 y su sobrino a sus ocupaciones.

A poco salió aquél al pasillo. No había nadie.

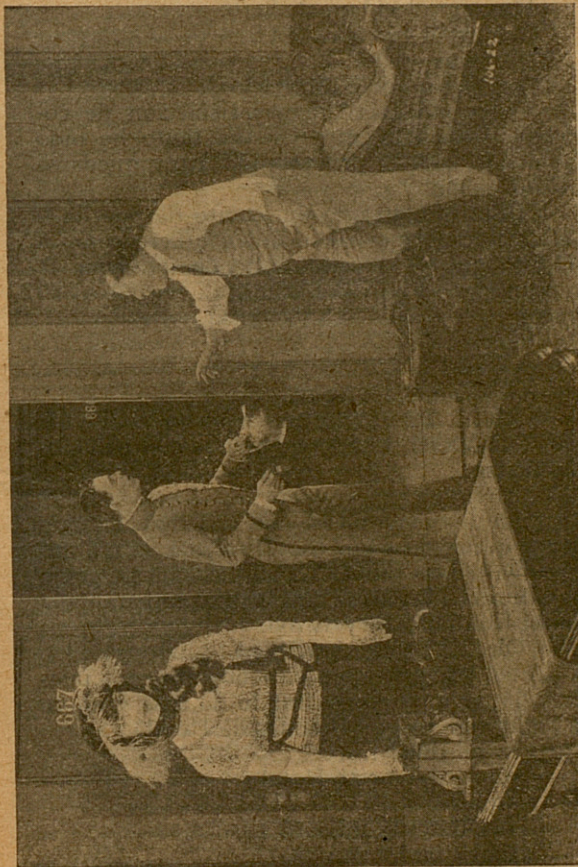
—Mi sobrino—pensó—miraba por la cerradura del 666, la habitación donde se hospeda aquella hermosa mujer que me arrojó de su cuarto... ¡Es bellísima la condenada!... ¿Qué miraría, Harry?

Fuése de puntillas hasta la puerta del cuarto de Ketty Clyde, púsose de cuclillas y observó por el ojo de la cerradura.

—¡Tío!—El señor Elrod se incorporó rápidamente asustado—¡Soberbia posición para un banquero!...

V

—¿Me permite usted, señorita, que la acompañe al comedor.



—¡Tío! —¿Tú?... ¡Harry!... (pág. 22)

—Muy agradecida, caballero.

—¡Es usted tan hermosa!...

—¡Gracias, señor!...

—Soy el banquero Elry Elrod.

—Tengo una verdadera satisfacción de conocerle personalmente, ya que tanto he oído hablar de usted. ¿Ha venido para quedarse mucho tiempo?

—Hasta que arregle un asunto de familia... Tengo un sobrino mío a quien quiero como a un hijo que se ha empeñado en quitarme la tranquilidad. Figúrese, señorita... ¿cuál es su gracia?

—Ketty...

—¿Cómo?

—Ketelyne, ke-te-ly-ne.

—¡Ah!... Pues figúrese, señorita Ketelyne, que se había empeñado en casarse con una sinvergüenza...

—¿Eh?

—Con una cualquiera, con una tiple de opereta a quien no conozco; pero que se me antoja una pájara pinta. Yo me he opuesto como es natural. ¡Figúrese una actriz emparentada con el banquero Elry Elrod.

—¡Oh!... ¡Sería horrible!... ¡Horrible!...

—Veo que usted me entiende. Bueno, pues él no lo comprende, ha huído de casa y ahora es ¡admírese usted! Botones de Hotel.

—¿Es posible?...

—Está aquí, en este Hotel.

—¿Aquí?

—Es el Botones número 13.

—Ya me fijaré.

Aquel día, el señor Elrod y Ketty Clyde,

cenaron juntos y desde entonces fueron excelentes amigos.

—¿Sabe usted lo que pienso, señorita *Ketelyne*?

—Usted dirá, señor Elrod.

—Ya me he entendido con el propietario del Hotel para que despida a mi sobrino.

—¿Esto es lo que usted piensa?

—No; ésto ya lo pensé antes. Hélo aquí: Mi sobrino Harry está chiflado por la actriz de quien la hablé...

—Sí, la sinvergüenza, la cualquiera, la pájara pinta.

—Eso es. Pues bien. Si una señorita como usted, hermosa, prudente y buena...

—Gracias, señor Elrod, es favor.

—No, es justicia... Digo, que si una mujer buena como usted le enamora...

—Tendría él que enamorarme a mí...

—Bueno, usted me comprende...; olvidaría a la Clyde... Le advierto que si usted se casase con mi sobrino, daría yo a cada uno cincuenta mil dólares...

—Bueno, bueno, ya procuraré enamorar al Botones número 13.

—No, no, desde mañana no será botones. Ya he dicho que si es preciso, para que lo despidan, comprar este Hotel, lo compro.

—Está entendido, yo me encargo de llegar a ser la esposa de su sobrino.

—Usted es la mujer ideal, es usted muy lista, usted es la única mujer que me haya comprendido.

—Es fácil comprender a un caballero tan inteligente como usted.

El dueño del Hotel llamó al encargado del personal y le ordenó que despidiera inmediatamente al Botones número 13.

Cuando éste recibió la noticia del despido, comprendió que la tal determinación era debida a manejos de su tío y pensó en el modo de vengarse. En estos pensamientos estaba engolfado, mientras se dirigía a su cuarto para despojarse de su flamante uniforme. Si no hubiese andado tan distraído, apercibiéndose habría de que a la puerta de su cuarto, y en actitud de entrar en él, estaba el caballero misterioso de bigotillo recortado, el cual al ver al Botones desapareció.

Al bajar Harry, después de cambiar su uniforme por sus vestidos, ya tenía el plan de campaña a seguir: —Seré apostol del bolcheviquismo— pensó. Y consecuente con esta idea fué al vestíbulo donde estaban reunidos los Botones. Todos se arremolinaron a su alrededor.

—¿Te vas, Harry?

—No, me echan.

—¿Por qué?

—Porque el patrón es un bandido; hoy me despide a mí sin ningún motivo; mañana despedirá a cualquiera de vosotros... De modo que mientras a él le da la gana, por la misera menestra que os da y por un puñado de centavos que recibís como de limosna, le estáis haciendo el caldo gordo; y el día de mañana, cuando le parezca que los Botones no sirven, una patada en... ¡y a la calle!... ¡Bien os estará por bobos!... Mirad lo que ha pasado en Rusia; los Botones se han desbrochado y hoy todos son dueños de Hotel...

—Tiene razón... Tú, ¿qué debemos hacer?

—¿Cómo, qué debéis hacer?... Ahora mismo a quitarse esos trajes de monas y vestirse de personas. ¡Hay que ser hombres!... O ser o no ser!... Y luego a encontrar al amo y presentarle las nuevas bases de trabajo: más dinero, menos horas de trabajo, supresión de los uniformes, dos días por semana libres y comer a las horas de los huéspedes. ¡Ah!... y las maletas que pesen más de dos kilos, que las lleve el amo, que por eso cobra más: Así hacen en Rusia y van muy bien... los Botones.

Mientras se verificaba la junta de Botones, bajo la presidencia de Harry, llegaron varios viajeros y el conserje llamó inútilmente a aquellos pequeños subalternos. Ninguno quiso obedecer y todos juntos cumplieron a la letra el consejo socialista de Harry; fuéronse a vestir y luego a ver al amo.

Entretanto, durante la comida de los mozos tuvo lugar una escena semejante presidida por el propio Harry con un resultado parecido.

Fué luego a las dependencias de la cocina y despensas, logrando idéntico resultado; de modo que dos horas más tarde era el Hotel una verdadera olla de grillos, donde reinaba el más espantoso desorden.

El propietario fué a encontrar al banquero Elrod.

—O hace usted que todos vuelvan al trabajo o le obligaré a comprarme el Hotel.

Elry Elrod llamó a su sobrino:

—¿Qué me dicen?... ¿Eres tú quien ha puesto la revolución en esta casa?

—Para que vuelva la ¡az, exijo que usted me permita casar con Ketty Clyde.

—Accedo a todo, aunque sea el más enorme sacrificio y el mayor disparate.

Harry reunió a todos los empleados del Hotel.

—¡Compañeros huelguistas!—les dijo—, ¡Todas nuestras justas aspiraciones están satisfechas!... ¡Todos al trabajo!... ¡Y pobre del que no cumpla como bueno!...

—¡Bravo!... ¡Bravo!... ¡Viva el trabajo!...

—Es un muchacho sorprendente.

—Oye, Harry, ¿qué has ganado con ésto?—preguntó el propietario del Hotel—porque las cosas para ellos están igual que estaban.

—Para ellos sí; porque ellos, como sucede siempre con los borregos, no tenían ideales y siguen al que va delante, al que grita. Ese, el que grita, como yo, tiene un ideal, yo ya lo he logrado; los demás que se joroben.

Mientras Harry hablaba con el propietario, sin que los interlocutores lo notaran, acercóse el joven caballero misterioso y disimuladamente sacó del bolso el paquete de valores y desapareció.

En el vestíbulo, al lado de la escalera, el banquero y su hermosa desconocida conversaban amablemente.

Harry se acercó a ésta y díjole:

—Ketty, mi tío, que es el señor que está hablando contigo, autoriza nuestro matrimonio.

—¡Ketty... ¿Ketty Clyde?... ¿Usted es Ketty Clyde?

—Yo misma; yo soy la sinvergüenza, la cualquiera, la pájara pinta.

—¡Perdóneme, señorita!

—No, no; en este mundo todo es del color del cristal con que se mira.

—¡Ay! tío, qué desgracia!—y Harry se registraba los bolsillos.

—¿Qué te pasa?

—Los valores que debía echar al correo... me los han robado.

Al ver el azoramiento de Harry, acercóse al grupo el caballero misterioso que le había sustraído el paquete de valores, y riendo díjole:

—No se apure, joven, los valores están en su destino; yo mismo lo he echado al correo. Soy policía y gracias a mis gestiones no se han perdido... Mi misión era velar por ellos.

Y en efecto, así era. El *caballero misterioso* era un policía particular encargado de velar por los intereses del Bansco Elrod, Elwell y compañía; pues, como es costumbre en los Estados Unidos, algunas casas importantes así lo tienen establecido.

—¡Muchas gracias!

—Ahora quiero reparar una falta — dijo el banquero Elry sacando un carnet de cheques, y escribiendo en él. Este para tí, Harry; y para tí éste, Ketty.

—¡Cincuenta mil dólares!—exclamaron jubilosamente los jóvenes.

—Y ésto para tí, Ketty—dijo Harry—, y la abrazó.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

La verdadera obra maestra

MESAGINA

Narración histórica de castos amores
y de lúbricas y trágicas pasiones



Creación de las primísimas estrellas

La Condesa Rina de Ligouro

y

G. Terribile González

Literatura selecta

Postal: artística fotografía de la divina

:: Condesa Rina de Ligouro ::

PUBLICACIONES SELECTAS DE
"BIBLIOTECA FILMS"

Núm.	Título de la obra	Postal	Precio
1	Rosita.		1 p.
2	No se fie de las apariencias.	Mary Pickford . . .	30 c
3	Lorna Doone	Charles Chaplin . .	25 ¢
4	La voz de la mujer.	Douglas Fairbanks. .	50 ¢
5	¡Cuidado con la curva!	Lil Dagover	25 ¢
6	El león de Venecia	Magda Bellamy . . .	25 ¢
7	La Rosa de Flandes 2.ª edición	Raquel Meller . . .	50 ¢
8	Ensueño	Andrés Rouanne. . .	25 ¢
9	Sherlock Holmes	Dorothy Philips . . .	25 ¢
10	Las esposas de los hombres pobres	Helene Chadwich. . .	25 ¢
11	El Signo del Zorro 2.ª edición.	Douglas Fairbanks. .	25 ¢
12	¿Dónde estás, hijo mío?	Reinwald y Fjord . .	50 ¢
13	Luisa Miller.	Ramón Navarro. . .	25 ¢
14	Flor de fuego	Frank Mayo	25 ¢
15	Las dos niñas de París 2.ª edición.	Mary y Douglas. . .	25 ¢
16	Rescatando la honra	Tom Mix	25 ¢
17	La hija del fuego.	Perla Blanca. . . .	25 ¢
18	Nathan el sabio	Sandra y Herrmann. .	25 ¢
19	La Huerfanita 2.ª edición.	Dorothy Gish. . . .	25 ¢
20	Clarita May	Bessie Love.	25 ¢
21	La brecha del infierno.	Camille Veruades. . .	50 ¢
22	¡Perdida y encontrada!	Antonio Moreno . . .	25 ¢
23	El alma de Oscar	Cullen Landis. . . .	25 ¢

Coleccione Vº.

Biblioteca Films

"Título de la supremacía"

Servimos números atrasados y colecciones completas, al mismo precio, remitiendo el importe por giro ó sellos de correo.

Redacción y Administración: Urgel, 40, 2.º, 2.ª-BARCELONA

Imp. de DOMINGO GARROFÉ, Villarroel, 12 y 14 : BARCELONA